

tiendo tan frecuente, por la misma naturaleza de las rúbricas.

Otra complicación semejante resulta con la fiesta del Patrocinio de la Santísima Virgen, concedida á los dominios de España para una dominica que el Ordinario de cada Diócesis señale, despues de las calendas de Noviembre.

Por esta concesion, la Diócesis de Michoacan la tenía asignada á la dominica tercera. Acaso en otras Diócesis tendría asignada la segunda pues los calendarios seculares la asignan en ese dia; de aquí ha resultado tambien una variedad que reclama el estudio de los decretos de la Sagrada Congregacion para podérsele fijar la dominica, en nuestra Diócesis, sin que puedan hacer el cambio los Maestros de Ceremonias sin la autorizacion del Prelado.

Tiene este colegio del Divino Salvador planteado y desarrollado un método de Directorio perpetuo, que facilitará en gran manera la formación del Directorio anual, pero que no puede fijarlo aun, por la variacion que se observa en estas fiestas.



LECCIONES

DE

TEOLOGÍA POPULAR,

POR

D. FÉLIX SARDÁ Y SALVANY, PBRO.

XIII.

El Padre nuestro.



BARCELONA:

LIBRERÍA Y TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pido, 5.

1879.

LECCIONES DE TEOLOGÍA POPULAR.

EL PADRE NUESTRO.

Cosas hay en que nunca hemos fijado la atención por lo mismo que las vemos todos los días; objetos hay ¡broma parece! que á fuerza de sernos familiares nos son punto menos que desconocidos. ¿Quién ignora el *Padre nuestro*? Poquisimos. ¿Quién no obstante lo conoce? Tentado estoy de decir que son más pocos aún, si por conocer una oracion se entiende, como es natural, comprender el sentido verdadero de cada una de sus palabras.

Hé aquí, pues, por qué me ocurrió hablar del *Padre nuestro* en la presente leccion de Teología popular. Los humildes y sencillos me lo agradecerán, y me lo habrán de perdonar los sabios é ilustrados, si por casualidad hubiere alguno entre las apretadas filas del estado llano, que es mi público usual.

Es propiedad.

Esto sin contar con que ese mismo señor sabio é ilustrado que sonrie compasivamente al verme emprender ese tema de catecismo infantil, necesita tal vez más que otro alguno tales explicaciones. Vámonos, pues, derechitos al grano, y basta de prólogos.

I.

Origen de esta oracion. Su carácter oficial; su universalidad; su ternura. Por qué empieza con la palabra: **Padre**. Recuerdo de nuestra dignidad. Desinterés filial.

Es el *Padre nuestro* la fórmula expresa de oracion dictada por Nuestro Señor Jesucristo en persona. Solicitos y ansiosos los Apóstoles, le decian un día: *Señor, enseñadnos á orar.*—Pues bien, les respondió Él, *oraréis de este modo: Padre nuestro que estás en los cielos, etc.*, y les dictó palabra por palabra la oracion dominical. Tiene, pues, esta oracion por primera circunstancia notable la de su origen, que podríamos llamar altamente oficial. De los labios de Dios ha pasado á los nuestros sin otro intermedio, como las palabras primeras que balbucea el niño se las puso en la boca su misma madre, sin confiar esta dulce primera enseñanza á pedagogos ni á niñeras. Así nos trató nuestro amorosísimo Dios. Profetas habian venido en nombre suyo al mundo, Doctores y santos Padres y Concilios habian de venir en pos de Él. Ni en unos ni en otros delegó es-

te suavísimo encargo de enseñarnos las preciosas palabras con que deseaba ser suplicado.

Pero ¡cuán breves son y al propio tiempo cuán universales! No se le puede ocurrir al pensamiento necesidad alguna de orden divino ó humano, moral ó material, que no venga en ellas comprendido. Y á la vez ¡qué suave tono de confianza, ó mejor de seguridad, domina en ellas! Un autor ha dicho que más bien parecian imperativas que suplicantes. No es de extrañar, si se atiende á que la súplica hecha á Dios del modo debido, es más que súplica, segun los santos Padres, una como violencia que se hace á su divino Corazon. Si el hombre la hubiese compuesto así esta oracion, tan franca, tan lacónica, tan directa, tan sin rodeos ni frases estudiadas, hubiera podido parecer audaz en demasía, inconsiderada, temeraria. Ahora no. Es sublime en su misma audacia y franca libertad, porque dictada por el Padre, trae á la memoria la poco diplomática familiaridad con que se atreven á todo con el suyo los hijos mimados. Basta, empero, de consideraciones generales que, tras entretenernos mucho, parece no ilustran tanto el asunto como la explicacion detallada de cada palabra en particular.

«Padre nuestro, que estás en los cielos.» No forman súplica estas primeras palabras de la oracion, sino el encabezamiento de toda ella. Vienen á ser la única antesala que ha puesto el Señor á su familiar audiencia. Padre: ¿y por qué no Rey ó Juez ó Criador, ó siquiera Maestro, ya que con este dictado gozabase tan á menudo en hacerse llamar por sus

discípulos? Clara se ve la razon. Quiso le llamásemos Padre, porque esta es la palabra única que expresa tratamiento de confianza y de amor. La de Rey expresa majestad, la de Juez amenaza, la de Criador derecho de pertenencia, la de Maestro superioridad en el saber. No quiso en estos momentos presentárenos más que como padre. Tratábase de súplica, y harto sabia El que al suplicante, que por lo regular anda confuso, conviene presentársele con el carácter que más le pueda animar á manifestar sin embarazos ni temores su memorial.

Tal vez quiso tambien viésemos entrañada en esta palabra una enseñanza oportunitísima. Quiso recordarnos, con llamárenos Padre, nuestro origen divino, nuestra estirpe celestial, nuestra raza que nada tiene de comun con el barro y las miserias de acá abajo. Y he dicho que era oportunitísima esta enseñanza, porque si en algun lugar cae bien es sobre todo cuando se trata de pedir. Niños voluntariosos y necios por añadidura, y con una maldita inclinación á prendarnos de fruslerías y juguetes de oropel que en este mundo nos encantan los ojos, necesitábamos este recuerdo para que el objeto de nuestra peticion no fuesen cosas vanas y tontas, cuando no funestas, sino cosas verdaderamente dignas de nuestro elevado sér de hombres cristianos, hijos, como tales, de Dios, Padre nuestro que está en los cielos. Porque claro está que acercarse á Dios para pedirle ciertas cosas bajas y miserables, antes fuera atraernos su indignacion que conciliarlos su benevolencia. Si el hijo del rey, ó siquiera

del noble ó del opulento, se fué á su padre con la pretension de que le concediese los viles andrajos y el sucio alimento ó los groseros pasatiempos del villanillo soez y mal educado que vive en las zahurdas y muladares, sin duda que se acarrearía el enojo del padre y áun quizá severo castigo por sus bajos y ruines pensamientos. Hé aquí, pues, por qué al enseñarnos nuestro Padre á pedir, empieza como por advertirnos que somos hijos suyos, á fin de que atendamos á no rebajarle ni rebajarnos con súplicas indignas de nuestra real condicion.

Con lo cual pudo tambien advertirnos que los favores que quiere conceder, favores son de padre que trata con hijos, no salario de dueño que las há con criados, ó de jefe con soldados, ó de principe con súbditos. Por lo cual estos favores exigen de nosotros especial disposicion de ánimo para recibirlos. Si suplicamos á Dios mercedes puramente por la utilidad propia que de ellas esperamos, somos egoistas, mercenarios, servidores asalariados, no hijos afectuosos. Hemos de dirigirnos al padre por ser Padre, no por verle dadivoso. Querérle por lo que da, no es querérle á El, sino á lo que El da. En el fondo es querernos á nosotros mismos. De donde se sigue que el que empieza á pedir á Dios llamándole Padre, si sabe á qué obliga esta palabra de amor, de honor y de sumision, ha de empezar por resignarse á obtener de El lo que El quiera concederle y del modo que El quiera, y hasta donde El quiera, y nada más. De suerte que puesto el memorial en sus manos, se lo modifique el Padre ó se lo

niegue completamente, si tal creyere conveniente á los intereses del hijo. Y éste debe mostrarse tan agradecido á la concesion como á la negativa, puesto que habiéndoselas con un Padre soberanamente discreto y prudente, ha de presumir que no querrá para él sino lo más acertado. Y así como no fuera buena madre acá en la tierra la que condescendiese con todos los antojos y caprichos de su hijo chiquito, porque tales podrian ser que le ocasionasen perjuicio y hasta la muerte; así por ser buen Padre nuestro Dios se ve muchas veces en el caso de negarnos resueltamente mil necedades que le pedimos, y con las cuales no lograríamos quizá más que nuestra ruina. Bien hace nuestro Padre en hacerse el sordo y el duro á ciertas súplicas nuestras, que frecuentemente nunca se nos muestra tan misericordioso Dios como cuando niega.

Debemos finalmente considerar esta palabra Padre como la expresion del tono general de amorosa confianza que debe dominar en toda la súplica. Y así aunque una sola vez la digamos con los labios al principio de ella, ha de gozarse en repetirla y como en paladearla el corazon en todo el contexto de la misma. Como si dijésemos: Padre, sea santificado el tu nombre; Padre, venga á nos el tu reino; Padre, hágase tu voluntad; Padre, danos hoy el pan de cada dia, etc., etc.

¡Ya me parece que van abriendo tantos ojos y tanta boca muchos de mis lectores, pasmados de descubrir en la oracion que cada dia pronunciaron desde niños misterios y maravillas que nunca ha-

bian acertado á ver con tenerlas delante de la vista. Así son todas las cosas de la Religion, aunque no se ahonde mucho en ellas, cómo no me propongo yo hacerlo en estas ligeras explicaciones.

II.

¿Por qué á la palabra Padre se añade: nuestro que estás en los cielos? Unidad de Dios. Unidad de la humana especie. Democracia cristiana. Patria inmortal. San Francisco de Asis.

Aún no le pareció bastante expresiva al divino Maestro la dulce palabra «Padre» puesta por Él al frente de la oracion que dictó, palabra que es como el primer asalto dado á su bondadosísimo Corazon. Mucho se contiene, como hemos visto, en este poderoso llamamiento á los más suaves afectos de la naturaleza y de la gracia; quiso empero el Salvador reforzarlo por medio de lo que ordenó añadiésemos á continuacion. Así que no dispuso dijésemos solamente «Padre,» sino «Padre nuestro, que estás en los cielos.»

No sabemos qué es lo que sobresale y domina en esta magnífica fórmula de salutacion, si lo entrañable y amoroso, ó lo majestuoso y solemne; porque la verdad es que toda la elocuencia humana no hubiera acertado á componer frase de tan tierna sencillez y al propio tiempo de tan majestuosa grandeza. Analicémosla con alguna detencion.

«Padre nuestro, que estás en los cielos.» Y ¿por

qué no Padre mio, ya que la oracion se compuso para que la dijese cada uno en particular? Salta á los ojos la razon. Porque de esta suerte se recuerda el más hermoso carácter de la paternidad de nuestro Padre, que es serlo de todos, y de la solidaridad de sus hijos, que en consecuencia se reconocen todos hermanos.

En efecto. Dogmas fundamentales de la Religion verdadera son estos dos: la unidad de Dios y la unidad de la especie humana. Se confiesa á Dios uno, cuando á El solo se manda saludar por todos con esta magnífica salutación de amor, de sumision y de obediencia: «Padre.» Se confiesa la especie humana una, cuando con aquella palabra «nuestro» se le reconoce un único origen, ya que claro está que no forman más que una comun familia aquellos que no reconocen más que una comun paternidad. Hé aquí cómo dos palabras solas puestas por Dios en los labios de los cristianos bastan para dejar resuelto el vasto problema que trajo agitados durante siglos y siglos á los antiguos filósofos. Padre nuestro: es lo mismo que decir: No hay más que un Dios, y de este Dios son hijos todos los hombres, sin distincion de raza, fortuna ó condicion. Cierito no sabemos que hasta hoy, para enaltecer la dignidad humana, haya encontrado en sus falsas teorías la democracia racionalista rasgo alguno superior á ese principio tan sencillo y al mismo tiempo tan trascendental de lo que podemos llamar nuestra democracia cristiana. Parécenos que con sólo sacar de él las aplicaciones á que tan fácilmente se presta, hay

lo bastante para tener formulado el verdadero código de los derechos del hombre, con mucha mayor ventaja para él que la que puede ofrecerle la famosa tabla de derechos que le está predicando la revolucion. Porque está claro. Bajo este pronombre colectivo *nuestro*, estamos todos contenidos, reyes y pueblos, millonarios y mendigos, sabios y patanes; á todos coge bajo sus alas esta cariñosa expresion, y á todos honra con igual ejecutoria de nobleza, á todos mide con igual rasero nivelador. Por donde es á la vez freno y manifiesta reprension para el orgulloso, y estímulo y aliento enaltecedor para el pobrecito. Puesto en boca de aquel, le recuerda su absoluta igualdad de principio y de fin con los infelices á quienes tiene tal vez debajo de sus piés: puesto en los labios de éstos, les consuela de las humillaciones y menosprecios á que se ven sujetos por los azares de la fortuna. El pobre y el despreciado pueden pronunciarla con cierta altivez aún en medio de sus mayores oprobios. El tirano y el orgulloso no pueden oirla ni pronunciarla sin remordimiento.

Pero ¿qué dirémos de lo que sigue: «que estás en los cielos,» y que á primera vista podria creerse una mera edicion de lujo, dispuesta solamente para hermostear y redondear la frase? Con ello se nos hace más que mostrarnos al Padre comun; se nos señala además la comun patria. Recordarnos que nuestro Padre está en los cielos, es advertirnos que los cielos son nuestra casa paterna, y que por lo mismo allá hay que tener constantemente di-

rigidos los ojos y el corazón, porque de allá procedemos y allá hemos de volver, y aquel debe ser el único término de nuestros deseos. Oriundos de tan noble solar, no hemos de mirar las cosas de acá abajo más que como vicisitudes de un pasajero destierro: lo que aquí llamamos tribulaciones ó felicidades no debe tener importancia alguna más que en cuanto nos facilite ó dificulte el retorno á la casa de nuestro Padre, que es nuestro legítimo lugar.

Revela además en Dios esta palabra un cierto reconocimiento de poderío y majestad, los más propios sin duda para asegurarnos la confianza en las súplicas que vamos á dirigirle. El Dios á quien rogamos es Padre, pero no Padre como los que tenemos ó hemos tenido acá en la tierra, cuyo poder en favor de sus hijos ha de limitarse frecuentemente á buenos deseos; padres que ven la pobreza, la enfermedad ó la muerte de las prendas de su amor, sin poder muchas veces librarlas de tales miserias; padres infelices como nosotros, como nosotros oprimidos, llorosos y casi siempre impotentes para remediarse y remediarnos. No, no es así nuestro Padre. Nuestro Padre ocupa trono, y su trono es el más alto y poderoso, porque es el de los cielos. Y desde ellos, en frase de la Escritura, mira con bondad á los humildes, al mismo tiempo que se rie de los malvados, y se mofa de ellos y de sus blasfemias y vanos proyectos. Gran motivo de seguridad y de invencible confianza ha de ser esta para nosotros, tener un Padre sentado tan alto que nunca nuestros enemigos le han de poder destronar. Y

así podemos ver muy tranquilos cómo bambolean los imperios, y se cambian las dinastías, y andan revueltas las naciones, y se derrumban con estrépito las instituciones más firmes. Nada de eso alcanzará poco ni mucho á nuestro Padre que está en los cielos. De consiguiente, nada de eso debe perturbar á quien tiene allí su tesoro de esperanzas inmortales, que el mundo no le puede en modo alguno defraudar.

Refiere la historia que despojado un joven de su herencia por su padre, á cuyas sugerencias terrenales y ambiciosas no podía acceder, al participársele su desheredamiento exclamó con entusiasmo: «¡Tanto mejor! Así podré decir con más libertad: Padre nuestro que estás en los cielos!» El joven que tan admirablemente habia comprendido el sentido profundo de las primeras palabras de la oración dominical fué luego el gran san Francisco de Asis. Este nos enseña el sentido, ó mejor, los sentidos que debe darle á esta frase nuestro corazón al pronunciarla los labios. Total desprendimiento, siquiera afectivo, de cuanto no sean los bienes celestiales; amoroso abandono en los brazos de Dios y de su providencia; firme é invencible confianza no menos en su bondad que en su poderío infinito; cierto sello de nobleza en todas nuestras acciones, propia de quien se reconoce hijo de celestial cuna y heredero de celestial patrimonio, y juntamente humildad para agradecer todo esto como don de Dios, alejando toda vana presunción ó temerario alarde de independencia; hé aquí los afectos de

que debe llenar nuestro espíritu la pronunciación atenta y meditada de tan sublime exordio. ¿Qué no puede prometerse de la bondad de Dios quien sepa que este Dios es padre suyo? ¿Qué no se atreverá á esperar quien recuerde que este su Padre se digna escucharle, á él, pobre gusanillo de la tierra, desde su altísimo trono de los cielos? Otra observación antes de concluir. Al proferir en nombre de los fieles estas palabras en la Misa, el sacerdote se excusa en cierto modo de la audacia que manifiesta en proferirlas, y sólo se alienta á ello recordando que obra por instrucción expresa del Salvador. *Præceptis salutaribus moniti et divina institutione formati audemus dicere.* Como si dijese: «Si á tanto, Señor, nos atrevemos, si con tan excesiva familiaridad osamos expresarnos, es porque así nos habeis educado (que tal significan las palabras *institutione formati*), esta crianza habeis dado á vuestros hijos, esta etiqueta habeis prescrito á vuestros súbditos, este es el ceremonial con que se despacha en vuestras audiencias. Por esto nos atrevemos (*audemus*) á tanto como llamaros Padre, á pesar de que estais en los cielos; por esto os presentamos con tan sencilla franqueza el memorial de nuestras miserias y necesidades. Nos habeis dado cierta libertad para toda exigencia filial cuando nos habeis enseñado á llamaros con tal título de Padre: vano fuera y hasta ridiculo en nuestra boca este tratamiento si no nos autorizase á los amorosos desahogos y tiernas impaciencias de hijos. Padre nuestro que estás en los cielos; así van á hablarte tus hijos que están

en la tierra, empezando por ponerte ya de buenas á primeras ante los ojos el contraste de tu sublime majestad con su debilidad y pobreza, razón de más para obligarte á que te muestres fácil en conceder y bondadoso en disimular.»

Hé aquí con qué espíritu y fervor debemos empezar la oración del *Padre nuestro*.

III.

¿Cuál es el significado de la primera súplica: **Santificado sea el tu Nombre?** Principio y fundamento. Los actuales combates. Síntesis completa.

Después de la amorosa salutación ó exordio que le quiso poner Cristo Dios á la oración que debíamos dirigirle, éntrase de lleno en la primera súplica de ella, y se pide el primero de los bienes de orden superior, el más propio de un corazón filial generoso y desinteresado, el más digno de ser pedido, no ya sólo por boca de hombres, sino de los mismos Ángeles. Es la glorificación de Dios, y que se dé á Él solo todo obsequio, todo honor y toda gloria. Tal es el sentido de las palabras de la primera petición ó súplica: *santificado sea el tu Nombre*.

Adviértase aquí con qué admirable oportunidad se coloca por primera súplica lo que, mirándolo bien, observaremos debe ser condición esencial de todas las demás para que sean agradables al Padre

celestial. En efecto, si hemos de pedir muy luego toda clase de bienes así del alma como del cuerpo, debémoslos querer siempre subordinados á este fin supremo al que deben todos dirigirse: la mayor gloria de Dios. Porque ni la salud, ni la vida, ni el perdón de los pecados, ni la perfección de nuestras almas, ni el reinado de la verdad en el mundo fueran cosas tan grandes como son y tan dignas de ser suplicadas al Padre, si no entendiésemos han de servir para pagarle con ellas el debido tributo de servicio y reverencia que merece su soberana majestad. Por donde podemos muy bien asegurar que esta primera petición da á lo restante de nuestro ruego su verdadero carácter. Empezamos por pedir á Dios la gloria de Dios mismo, é implícitamente le suplicamos sean para su gloria todas las demás súplicas que le vamos á dirigir. No nos es dado en rigor desearle á Dios cosa alguna, porque de todas tiene abundancia más que nosotros; sólo esta podemos digna y decorosamente desear para Él: que sea de todos amado, bendecido, glorificado; que sea ensalzado su Nombre; que sea por lo mismo conocido y predicado como merece en todo el universo.

¡Qué vastos horizontes se descubren á esta sola indicación! El objeto de toda la guerra que hace el infierno contra la Iglesia, es conseguir por medio de la destrucción de ella que se borre de la tierra el nombre de Dios. Para que permanezca enhiesta tan gloriosa bandera, ó al revés, para que se vea sepultada en el fango, luchan respectivamente con

todo su esfuerzo el ejército de Dios y el ejército de Satanás. Hoy día esa colosal organización del mal en todas sus formas y bajo todos sus disfraces, que se llama con lema harto expresivo *Revolucion*, no tiene otro blanco ni acaricia otro ideal; borrar, ó por lo menos oscurecer, en cuanto pueda, el Nombre de Dios sobre la tierra, Nombre que la Iglesia tiene la misión de ir restaurando y conservando, después de haberlo plantado y arraigado con la propia sangre su divino Fundador. Este es el combate de hoy; mejor: esto ha sido, es y será el combate de siempre. No hay otro Nombre de salvación que ese; por lo mismo no hay otro digno de los rencores del infierno. Se lucha en entrambos campos únicamente por el Nombre de Dios: en el de la verdad, para que se vea cada día más extendido y glorificado; en el del error, para que se vea cada día más despreciado y aborrecido. Recuérdenlo, pues, los fieles todos, hasta los más sencillos y menos teólogos. Cuando en el *Padre nuestro* pronuncian esta petición, ruegan por la primera necesidad de todas, porque todas las comprende. Con pedir á Dios la glorificación de su Nombre, piden el triunfo del Pontificado, la victoria completa de la Iglesia, la fecundidad de sus Misiones, el éxito de su propaganda, el desarrollo de su influencia, la preponderancia de su potestad, el esplendor de su culto, la perfección de sus ministros, la salvación de las almas. Y, por lo mismo, piden el amorazamiento perpetuo del demonio, la confusión y destrucción de sus agentes en la tierra, la extirpa-

cion de la blasfemia, de la herejía, de la superstición, de la prensa malvada, de las sociedades satánicas, de los poderes al servicio de Luzbel. Piden, en una palabra, la realización pronta y completa de aquel magnífico programa del Apóstol: que en el Nombre de Jesús se doble toda rodilla en los cielos, en la tierra y en los infiernos.

IV.

¿Qué queremos decir con la segunda súplica: *venga á nos el tu reino?* ¿Qué es reinar? Triple reinado de Dios. Nuestro reinado.

Esta es la primera súplica del Padre nuestro, ante la cual parecen menguar en importancia todas las demás. Y fueran realmente de muy poca, si de esta primera se separasen, ó si no fuesen, en cierto modo, una como exposición ó desmenuzamiento de ella. Así la que inmediatamente sigue puede tomarse como la más inmediata de sus aplicaciones. *Venga á nosotros el tu reino*, es declarar el modo más práctico y determinado de glorificación que podemos desear para el Nombre de Dios, cual es su reinado absoluto sobre nosotros. Examinémoslo.

Reinar no es sólo dominar ó tener sobre alguno potestad ó jurisdicción. Tanto valdria decir que reina el bandido sobre las víctimas de su rapacidad, ó el dueño cruel sobre sus esclavos. Reinar es ejercer soberanía y señorío más aún sobre los

corazones y las voluntades que sobre los cuerpos; es imponerse más todavía con el amor y la autoridad del derecho que con la fuerza brutal y poderío de las armas. Reina Dios sobre todas las criaturas buenas y malas, sensibles é insensibles; pero su reinado sobre los malos y los irracionales, más bien que reinado, debe llamarse dominación, porque el homenaje que tales súbditos le prestan no es voluntario, sino forzado. Tiemblan ante él el infierno y sus infelices moradores, y sienten su terrible poder sin amarlo, antes maldiciéndole. Sirvenle sumisas las estrellas, las aguas, las aves y las plantas, pero sin mérito de su parte, porque no conocen el propio acto de vasallaje que inconscientemente le rinden. Sólo el Ángel bueno y el hombre en gracia se lo prestan completo y nobilísimo, porque se lo ofrecen con verdadero conocimiento y con entera libertad. Sobre éstos por lo mismo es perfecto y glorioso el reinado de Dios. «Venga á nos el tu reino» significa, pues, esta sujeción libre y espontánea de todo nuestro sér á Dios, que es la glorificación más grande y esclarecida que podemos ofrecer á su Nombre. Glorificado se ve Dios cuando castiga ya en este mundo ó en los infiernos, cuando desbarata los planes de la iniquidad maquiavélica, cuando mantiene firme contra todos los esfuerzos del mal la roca de la verdad en medio de todas las oleadas; pero su mayor glorificación, su verdadero reinar, su trono de luz, de amor y de divinas complacencias tiénelo en el alma sumisa á su ley, dócil á su inspiración, rica de su gracia.

Aquí reina con cetro pacífico, sin resistencias que turben su tranquila posesion, sin rivales que la menoscaben. Reinado tan dulce, dominacion tan amorosa, que no sabe la Escritura expresarlo más que con el suavísimo dictado de desposorio. ¿No es, pues, tiernísima y por todo extremo interesante peticion, pedirle á Dios este tan glorioso reinado de la divina Majestad sobre nuestras almas y las de nuestros prójimos?

Si ya no significa tambien, como cabe perfectamente en su profundo sentido, no sólo que venga á reinar Dios por medio de su gracia en nosotros, sino que lleguemos nosotros á reinar un dia con Él en su gloria. Lo cual es análogo á lo anterior, y es como su consecuencia. Correlativos son el reinar Dios en nosotros por su gracia y el reinar nosotros con Él en la gloria, ya que la gracia es la preparacion de la gloria, y la gloria es la consumacion de la gracia. «Venga á nos el tu reino» significa, pues, tambien el anhelo incesante del alma amante de Dios que suspira por descansar en sus brazos en la eternidad dichosa. Significa el término de las congojas de acá, donde esta hija de Real estirpe gime esclava y aherrojada recordando la dulce patria de allá, de la cual procede y á la cual ansia volver para reinar libre y señora, desatada de los lazos que la tienen aquí envilecida. Significa el grito ardiente de nuestra parte inmortal, que protesta contra las bajezas y podredumbre de la cárcel de carne en que vive sumida, y para la cual reconoce que no fué criada. Nació para reinar, y por eso pi-

de á voces el reino que, por la divina gracia, de derecho le corresponde. Hízola Dios libre, y reclama en medio de sus presentes cadenas de pecado su legítima libertad. Por esto, despues de haber pedido á titulo de hija cortés para su Dios, que es su Padre y su Rey y su Esposo, la glorificacion debida; pide para sí lo que como hija de este Padre y como esposa de este Rey le pertenece, esto es, parte en aquella su glorificacion, asiento en su Real trono. Y no se contenta con menos, y eso antepone á toda otra merced, y en eso hace consistir lo más ardiente y eficaz de su ruego.

Hé aquí el sentido de estas dos primeras peticiones, que son las primeras y principales de la oracion que vamos exponiendo. Contienen lo fundamental y superior; así en órden á Dios como en órden á nosotros mismos. La gloria de Dios y nuestra salvacion eterna constituyen el principio y fundamento por excelencia, segun aquello que tan compendiosamente dejó sentado san Ignacio en el primer capítulo de sus *Ejercicios*: *El hombre es criado para alabar, hacer reverencia y servir á Dios nuestro Señor, y mediante esto salvar su ánima*. Lo demás que en lo restante de la oracion se contiene, tiene razon de medio para este supremo fin, es el edificio que se levanta sobre este espiritual fundamento.